

Primer Premio

Mantenimiento cósmico. Jaime Vaquero Martín.

—Nunca he entendido cómo no se dan cuenta —dijo mientras cogía la bombilla que le ofrecía su padre.

—Nunca han sido los más inteligentes.

—Está claro. Pero que de pronto se vaya la luz y que nadie sospeche...

Su padre se encogió de hombros.

—Son expertos en buscar explicaciones extrañas para todo.

—Totalmente. Si ahora dicen que es la luna que pasa por delante.

Ambos se miraron y luego rompieron a reír.

—Si es que son absurdos papá, le han puesto hasta nombre.

—¡Eclipse!

—Desde luego, no han sido tu mejor creación.

—Tendría que haber currado el domingo también.

Segundo Premio

El método. Eugenia Gil Rodrigo.

28 de abril de 2025. Apagón masivo en España, primera conversación desde que cumplió los 14.

Desde entonces, cada mes:

✓ Horno encendido

✓ Lavadora, ciclo largo

✓ Lavavajillas, programa combinado

✓ Dos calefactores a máxima potencia

Enchufó el secador y ¡PAM! salta el diferencial, y ella sale de su cuarto —¿otra vez la luz, papá? —pregunta dejándose caer en el sofá. Encojo los hombros, fingiendo sorpresa y entonces hablamos, nos reconocemos, nos permitimos unos minutos sin pantallas ni distancia.

Nunca lo admite, pero lo sé: sonrío por dentro.

Y, por un momento, la casa, y nosotros, volvemos a encendernos.

Tercer Premio

Antes de que vuelva el sol. Nuria Rodríguez Fernández.

Anotas con precisión la hora exacta en que la luz va a desaparecer. Lo que no puedes calcular es el resto: las fotos de los muertos sonriendo en las paredes, el agua de los vasos temblando sola, las campanas sonando bajo tierra. Cuando el eclipse alcanza su centro, tu esposa —enterrada hace dos inviernos— entra en la cocina, deja el abrigo en la silla y pregunta por qué hay tanta oscuridad. No sabes contestar. Solo la abrazas antes de que regrese el sol y se la lleve de nuevo.

Accésit 1

***Papá.* Laura Extremera López Rey.**

Marina no dibuja el sol, una cabeza desproporcionada eclipsa completamente un cielo naif pintado de azul oscuro. Su cuerpo de niña no entiende de ritmos circadianos. En casa cae la noche de tres y media a cuatro, según el tráfico.

No hay crepúsculo, el giro de la llave activa el mecanismo que guillotina toda luz solar.

La araña patilarga lo sabe, mamá también, una desteje apresurada su tela y se oculta. La otra apaga su sonrisa y enciende el miedo. Marina recoge las palabras junto a los juguetes y todo lo espontáneo de la infancia se desvanece con la luz.

Accésit 2

***Anillo de Fuego.* José Carlos Vara Mata.**

El eclipse comenzó dentro de mi madre semanas antes de que el cielo se oscureciera. Lo noté cuando dejó de nombrar las cosas: la mesa, el agua, mi nombre. Afuera, la multitud celebraba el fenómeno con gafas negras y risas nerviosas. Dentro de casa, la sombra avanzaba sin espectáculo. El día que el sol quedó reducido a un anillo de fuego, ella me miró como si yo fuera un visitante. Cuando regresó la luz, todos aplaudieron. Yo no. Esa noche guardé mi nombre en un cajón, por si algún día decide volver a buscarlo.

Accésit 3

***Siete minutos de sombra.* Enrique Ariza Bocallo.**

Solo teníamos siete minutos. Lo planificamos al milímetro: relojes sincronizados, ruta marcada, y una extracción limpia. Todo salió perfecto. El eclipse fue nuestro aliado.

Mientras el sol se ocultaba, la ciudad se detuvo en un asombro ciego.

Cuando la luz volvió, nadie notó el vacío. Nosotros, en cambio, descansábamos en la frescura de nuestros aposentos, saboreando el botín. Miles de años de conocimiento astronómico nos habían enseñado a leer la oscuridad.

El banco de sangre estaba desprotegido y, por primera vez en siglos, habíamos salido a cazar a mediodía.

Accésit 4

***Desigualdades.* Ramón Ferreres Castell.**

«Él trabajará de día y tú de noche». Y yo calladita, claro, acatando la orden desde el origen de los tiempos. Así es mi existencia, apenas apreciada por una minoría mientras él acapara todo el protagonismo. Mi único consuelo es un efímero cambio de turno muy de vez en cuando. El Lorenzo se pone de los nervios, no soporta que lo opaque ni por un momento, cómo lo disfruto. Y tras el acontecimiento, de vuelta a la melancolía. Ojalá me hubiera tocado trabajar en Júpiter, hay más lunas y cierta sororidad.

Accésit 5***Al fin le oculté. Cristina Cuadrado Pérez de la Serna.***

Se creía el centro de todo; el más grande, el más brillante... vamos, un auténtico heliocéntrico. Aún me acuerdo de cuando echó a Plutón del grupo porque no eran “tan cercanos”.

Pero, para mí, lo que colmó el vaso, fue el día que me dijo “Luna, no eres más que un asteroide a la izquierda”. En ese instante supe que había llegado el momento de darle otra lección.

Noche tras noche estuve entrenando, calculando todo al milímetro, y tras cien años de esfuerzos, al fin lo conseguí, eclipsé a ese maldito Sol.

Fueron los dos mejores minutos de mi vida.

Accésit 6***Fingir eclipses. Ricardo Cano García.***

Arturo está un poco chalado, pero aun así es nuestro amigo. También es muy persuasivo: nos convenció de que los cálculos oficiales estaban equivocados, que el eclipse tendría lugar ayer por la tarde, y que el mejor lugar para verlo era el patio de su casa. Y ahí estábamos los cuatro equipados con nuestras gafas negras.

Justo a la hora prevista, una nube de tormenta se deslizó delante del sol. Con las gafas oscuras apenas podíamos ver, pero él estaba emocionado, como si el cielo le diera la razón.

Nadie dijo nada. La amistad, a veces, consiste en fingir eclipses.

Accésit 7***Órbita de colisión. Antonio Arteaga Pérez.***

Ella siempre decía que el amor era una estrella, pero se olvidó de las órbitas. Hoy nuestras vidas se cruzaron en el ángulo exacto para dejarnos a oscuras. Yo fui la luna, interponiéndome en su brillo. Ella fue el sol, cegándome con su corona de fuego. Duramos apenas un instante suspendidos en el silencio cósmico del salón. Luego, la física se impuso y seguimos nuestro camino por galaxias distintas. Todavía conservo la retina quemada con la forma exacta de su adiós.